



## 'IN MEMORIAM'

## Gregorio Peces-Barba, las ideas como objetos de pasión

SAMI NAÏR

La muerte siempre nos enfrenta a lo inimaginable, no solo a lo imprevisto. Lo inimaginable era que Gregorio pudiera desaparecer, pudiera dejarnos tan pronto. Su voz, sus andares a la vez pesados y muy ágiles; sus maneras muy de hombre de iglesia —él, auténtico creyente, que no soportaba la intromisión de la Iglesia en el mundo vivido y privado—; sus palabras de acogida, afectuosas y siempre un poco bromeadoras con los amigos; su sentido de lealtad, total, firme y exigiendo a los beneficiarios la reciprocidad total, firme también. El pensador: preciso, riguroso, a veces categórico, cuando no era veramente imperativo. Le gustaban las discrepancias, las críticas duras, a veces solo para obligar a su protagonista a sacar todas las conclusiones de su punto de vista. Polemista temido, Gregorio vivía los valores y las ideas no como abstracciones, sino como seres concretos, objetos de amor y pasión. Un ser extremadamente complejo, que debía sufrir mucho por dentro, más allá de las apariencias y de la imagen de fuerza que perfilaba su cuerpo alto y masivo.

Cuando le convencí, en 2005, de escribir un libro sobre su experiencia intelectual desde la época de la Transición, me dijo: "Necesito seis meses para pensarlo, y pondré tres meses para escribirlo". Así fue. *La España civil* queda como una de sus mejores obras, a la vez muy personal y llena de reflexiones y ¡provocaciones! filosóficas y políticas.

Pero el Gregorio que me gustaría recordar aquí también es otro. El francófilo, el conocedor como pocos de la tradición filosófica francesa —desde los grandes autores de la Edad Media hasta Maritain, pasando por Pascal y Descartes—. En su pensamiento filosófico, Gregorio unía lo infinito del sentido existencial de Pascal con lo finito, lo determinado de la razón cartesiana. Probablemente, era para él la única vía para juntar estas dos categorías esenciales para todo ser humano: creer y saber.

Su pensamiento político hundía sus raíces en la tradición republicana francesa. Compartía el núcleo duro de esta concepción del vínculo social que separa radicalmente la esfera pública del estado de la esfera privada de la sociedad. En este sentido era un republicano de verdad, que tenía, tal y como decía Antonio Machado, "gotas de sangre jacobina" en sus venas. Pero su republicanismo era democrático y complejo: democrático porque integraba la idea de ciudadanía activa basada en una concepción humanista de la sociedad; y a la vez complejo porque mantuvo vivo este republicanismo cuando se convirtió

en monárquico sincero. De esa aparente contradicción, hemos hablado mucho. Y él pretendía que la Corona no era antirrepublicana, pues aceptaba la diversidad no solo de las naciones españolas, sino también de las tradiciones ideológicas. La democracia, para Gregorio, los derechos fundamentales que la acompañan, superaban a todo, y por ello se oponía con una determinación implacable a los movimientos políticos violentos. Gregorio aborrecía la violencia.

La Monarquía democrática podía integrar sin problema su republicanismo de fondo, su concepción de la separación de lo privado de lo público, de lo espiritual frente a lo temporal. Gregorio siempre afirmó también su pertenencia no solo al socialismo, sino al socialismo liberal, en el sentido político y económico.

Cada uno puede recordar momentos excepcionales con Gregorio, pues era un hombre muy original. Personalmente, creo

---

Auténtico creyente, no soportaba la intromisión de la Iglesia

---



---

Mantuvo vivo su republicanismo cuando se convirtió en monárquico

---

que uno de los momentos más significativos de nuestra amistad fue el día del 11-M. Tenía una cita con él a las nueve en el rectorado de la Universidad Carlos III, en Getafe. Quería coger el tren desde Atocha a las ocho y, finalmente, no me desperté. Tuve que llamar a un taxi en mi hotel de Madrid para recuperar el tiempo perdido y llegar a la hora. El taxista, cuando le indiqué el destino, me dijo que era imposible pasar por la zona de Atocha, pues un atentado... etcétera. Llegué, al fin y al cabo, a las diez a su despacho. Estaba solo, sentado frente a la televisión, que emitía noticias sobre la matanza. Estaba muy grave. Se lo pregunté: "En tu opinión, Gregorio, ¿quién ha perpetrado este horror?". Contestó: "No es la ETA". Él, el gran demócrata, el enemigo de la violencia de ETA. Esta cita un día de horror, el Gregorio de capa caída que tenía frente a mí, la noticia en la televisión, todo se mezcla en mi espíritu. Varias veces nos recordábamos juntos este día funesto. Y ahora el maestro se ha ido. Y nosotros, sus amigos, nos encontramos con un vacío doloroso. El vacío dejado por la muerte de Gregorio Peces-Barba.